

COLEGIO "SAN JUAN BOSCO"	Servicio de Orientación
DOCUMENTOS PARA LA REFLEXIÓN EN FAMILIA	
PISTAS PARA ACERTAR	
<i>(Pista nº 68, Noviembre 2023)</i>	
Hacer familia: una tarea permanente	

Bien sabemos y escuchamos a diario (con independencia de que lo compartamos o no) que son posibles diferentes concepciones de lo que, hasta no hace tanto, veníamos entendiendo por familia como la agrupación de unos padres y unos hijos que habitaban, al menos durante los primeros años de la vida de éstos, bajo el mismo techo. Sin embargo, parece indiscutible que, en todos los casos y en todas las circunstancias, cualquier ser humano -y más si es menor- necesita cubrir como una de sus necesidades básicas la de afecto y cuidado, algo que permanecerá, con unas u otras variantes, a lo largo de toda la existencia, marcando de manera muy importante el carácter, la personalidad y, en definitiva, la visión y análisis que hace de sí mismo y del entorno y obrando y reaccionando en función de ellos.

Descartando completamente aquellas situaciones aberrantes que pueden venirnos a todos a la cabeza cuando pensamos justamente en lo que no quisiéramos bajo ningún concepto para nuestros hijos (maltrato, abuso, abandono...) lo cierto es que en la convivencia habitual, éstos pueden vivir -al provocarlas o al recibirlas- situaciones que merecen algún discernimiento sobre su valor formativo de cara a la construcción de una personalidad suficientemente equilibrada y fuerte como para, además de aprovechar y disfrutar de las oportunidades de bienestar que se vayan sucediendo, resistir y sortear las frustraciones y adversidades que, sin duda, habrán de ir encontrando, también, en su camino.

A este respecto creemos que puede ser de ayuda que, primero de todo, un clima de afecto, cariño, ayuda, colaboración, etc. presida las relaciones de los padres con los hijos, sea cual sea la situación sentimental de los progenitores y sea cual sea el tipo de convivencia que los hijos mantengan con los padres por motivos legales. Parece obvio. Resulta sencillo decirlo y entenderlo. Y sin embargo...

En segundo lugar, pareciera deseable que ese clima se consolidara a partir de una relación (de pareja o ex pareja) basada en la ausencia de rivalidad frente al hijo, de comunicación y de cooperación para la más acertada atención de las necesidades de la criatura. También parece obvio. Y deseable. Pero...

Sabiendo que no sólo es universal sino bueno el hecho de que los adultos que atienden a uno o varios hijos puedan tener percepciones diferentes o valoraciones personales de una misma situación o hecho, sin duda que contribuye al propósito educador de las decisiones de los mayores, el que el menor “vea”, “escuche” y, sobretodo, “viva” una experiencia homogénea, coherente, lo que evitará (y mucho más en el caso de los padres separados) que el niño o la muchacha detecten y se aprovechen de dichas discrepancias para sus propios (y no siempre beneficiosos) fines u objetivos. O, lo que es peor aún, que pueda llegar a sentirse “culpable” de las diferencias entre quienes le han dado la vida, “agujero” por el que se pierden muchas buenas energías.

Es un hecho incontrovertible y que queda reflejado en los diferentes estudios sociosanitarios que se difunden que de la percepción equilibrada y segura que el niño o el adolescente tengan de su vida doméstica acaba dependiendo no sólo su aprovechamiento académico sino lo que es mucho más importante aún su equilibrio emocional y su capacidad para relacionarse de una manera sana y progresivamente más madura con sus iguales, algo que no deja de ser un factor de protección muy importante en cualquier edad pero, especialmente, en vísperas de “salir” al mundo real, cruzada la frontera de los dieciséis o dieciocho años.

Pues bien, la Navidad -cada vez más próxima- con tantos aspectos profundos como superficiales, con tantas manifestaciones auténticas como impostadas, puede ser un momento estupendo para reconsiderar qué estamos haciendo como familia en pro de la estabilidad (de todo tipo), el sosiego y la ilusión de quienes tenemos bajo nuestra tutela, protección y cuidado.

Sería estupendo saber encontrar también entre los ratos que no nos ocupen las diferentes celebraciones y entretenimientos propios de la temporada, algún espacio para fortalecer vínculos, reconsiderar prioridades y alimentar esperanzas.

Una familia es una tarea que se prolonga en el tiempo y se va modificando a medida que nuestros hijos y nosotros mismos vamos avanzando en edad. Y, precisamente por ser una tarea inacabada es por lo que debemos poner lo mejor de nosotros mismos en cada nuevo momento que el grupo atraviesa, respondiendo con el mayor acierto posible a las urgencias y a las rutinas que van apareciendo. Sólo así cabrá ser posible que se mitiguen los efectos de las contrariedades, que se superen las desavenencias y los conflictos, que se mantengan los mejores sueños y propósitos y permitan conformar un ambiente doméstico que haga sentir aquello de que “en casa (¡y con los míos!) como en ningún sitio”.

Nuestros hijos no van a tener siempre dos, siete, doce o dieciocho años. Tampoco se detendrán los que ahora tenemos nosotros. Por eso, asumiendo que la familia (esté como esté compuesta en cada momento) es una misión de implicación y compromiso, de entrega y cooperación a lo largo de toda la vida, será menos complicado regatear a la adversidad y encarar los desafíos que nunca faltarán.

El preámbulo de la temporada con más ilusión y más carga emocional está aquí. Haríamos bien en no defraudar, a pesar de las diferentes nieblas que nos asolan, a los que esperan de nosotros que les guiemos por el camino más seguro y entrever cuál es el más acertado para que esa ilusión y esa emotividad se vuelquen en quienes tenemos más cerca. Sin duda que ello ayudará a todos pero especialmente a quienes la abundancia de imitaciones y artificiosidades han acabado por hacer dudar de los valores más sencillos y auténticos: los que no tienen fecha de caducidad.

¡Buen provecho!

<o><O><o>